

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ADONDE VA LA GENTE

Esto de los estrenos teatrales es como los números de la lotería. Los jugadores de oficio, naturalmente supersticiosos, creen en números *bonitos* y *feos*: unos que por su aspecto prometen el premio, señalan hacia el porvenir dorado con una línea de guarismos, y otros que anuncian ya la decepción no se sabe en qué signos misteriosos. Y llega el día del sorteo, y se desmienten las profecías todas; el número feo saca el gordo, el bonito ni aparece en la lista oficial. Así los estrenos. Se esfuerzan los autores, los de más claro y merecido renombre; echan el resto los compositores, los que figuran en primera línea, y presentan, bajo los mejores auspicios, con buenos intérpretes, en sazón favorable, una obra. Todo el mundo se promete aplaudirla; la atmósfera es propicia, los vientos soplan en bonanza, y desde las primeras palabras el público se indisponde, se alborota, juega de los pies y las manos, de las cejas y los labios fruncidos, de la frase desdeñosa y el juicio duro é implacable, y echa abajo, en veinticinco minutos, lo que costó meses de labor y faena, y lo que esperaba con excelentes disposiciones hace media hora. Tal suerte corrió la obra de Eugenio Sellés *Campanas y cornetas*; tal la de Dicenta, Paso y Chapí *La cortijera*. Esta última no ha sido lo que se llama rechazada por el público; pero no ha tenido la acogida que los nombres de sus autores vaticinaban.

\* \*

No queda por eso lastimado su prestigio ni merceda su reputación. Son baches en un camino recorrido con felicidad, y á cuyo término se encuentra la victoria. Se tropieza, pero se llega. Y no hay ningún autor dramático que no haya tropezado. Los autores de libros tropiezan también, y constaría el tropiezo si la opinión de los lectores pudiese manifestarse en la forma categórica que reviste la de los espectadores. ¿Quién lo duda?

Hasta cabe afirmar que de diez tentativas dramáticas fracasan ocho. Cuanto más elevado y ambicioso es el intento, más probable el fracaso, ó el semifracaso, ó el apagado *succès d'estime*. Regla aplicable á los celebrados, á los fecundos dramaturgos; los cuales siguen siéndolo, con eso y con todo, y el día de mañana, los historiadores literarios escogen entre la densa producción dos ó tres títulos, y en ellos cifran y resumen la personalidad de un Echegaray ó un Tamayo. Ninguno pasa de ahí. Ni pasó Lope.

\* \*

El Carnaval ha huído dejando un rastro polícromo de serpentinas, *confettis* y plumeros de papel, especie de espantamoscas que este año han hecho furor en los paseos. Primero, la inundación de papelititos redondos, la nube colorada ó azul deshecha en gotas secas y suaves; después, el golpe, no siempre inofensivo, de la espiral de papel, rollo de cinta que se desgarran en el aire; luego, el plumerito mosqueador,

que sacude los *confettis* y limpia, zorregando, el cuello y los hombros de las *víctimas*. Todo ello es motivo de bromas, algazara y dicharachos entre máscaras, mascarones y ciudadanos pacíficos, de esos que salen á tomar el sol y disfrutar de la alegría del bullicio en Recoletos y la Castellana.

Los síntomas que han distinguido á este Carnaval de 1900 de los Carnavales ya fenecidos, acaso no son muy visibles, pero merecen notarse, porque se prestan á reflexiones.

Síntoma primero. Un dineral gastado en papel. Madrid ha desaparecido, por espacio de cuatro días, bajo la malla de las serpentinas y la grajea de los *confetti*. Esto parece demostrar que hay dinero, y que Villaverde está en lo firme al creer que el limón rebosa zumo.

Síntoma segundo. Otro dineral invertido en permisos para la fila de coches, entradas en el Retiro, licencias de circular fuera de la fila, asientos y palcos en las tribunas, y no digo *etétera*, pues no sé de más tributos (ahora ya se quiere que tributen los *confettis*). La moraleja de este segundo síntoma es igual á la del primero: repleto se halla el al parecer estrujado limón con que las clases acomodadas rocían sus ostras.

Síntoma tercero. Indicios de rehabilitación de los bailes de máscaras. Éstos habían caído en el mayor descrédito, y eran ya una diversión casi ilícita, para hombres solos, y para mujeres también, pero nunca para señoras. Parece que este año, en el del *Círculo de Bellas Artes*, se han lanzado mascaritas pulcras, delicadas, gente *bien*, como ahora se dice cometiendo insoportable galicismo. Síntoma, á mi juicio, de que la imaginación reclama sus derechos y el atractivo del misterio, de la careta y del dominó, lleva tras sí al eterno chiquillo.

Síntoma cuarto. Definitiva consagración del miércoles de Ceniza y del domingo de Piñata como días carnavalescos, iguales en todo al domingo, lunes y martes de Carnestolendas. Hasta hoy solo el pueblo, en sus francos y burdos pasatiempos, descataba los preceptos de la Iglesia, y al aire libre y con bullanga infernal *enterraba la sardina* y bebía y comía sin acordarse del ayuno, de la vigilia y de la ceniza, símbolo de vanidades y miserias humanas, de arrepentimientos y penitencias. Ahora ya nadie deja de ver en el miércoles flaco «un día lo mismo que los otros.» El Carnaval se ha apoderado de esas veinticuatro horas: el Tenorio ha pervertido á esa reclusa. Y la Piñata, último ritornelo de alegría, la pecaminosa Piñata, que en mi juventud los confesores no perdonaban ni aceptaban jamás, se cuele bajo la conocida fórmula de *soirées* que empiezan á las doce de la noche del sábado.

\* \*

Aún podría caber en la lista algún síntoma consolador: la desaparición, no completa, pero muy adelantada, de las máscaras sucias, zarrapastrosas, de colcha y escoba, de percalina y caretas de cartón barato. Tales máscaras escasearon en el Carnaval de 1900. Los que creemos que la educación y el respeto de sí mismo podrán hacer milagros, sobre todo en la nación á ratos africana á que pertenecemos; los que hemos notado mil veces, con el espíritu entristecido y fatigado, qué impulsos de grosería asoman á cada instante, como ortigas en viejo palacio, en las capas sociales del pueblo madrileño; los que oímos sin poderlo evitar, en calles, paseos y espectáculos, las palabras más soeces, más escandalosas, usadas en el lenguaje corriente, sin otra causa que el mal hábito contraído, tenemos que saludar, en la menor conquista de la belleza, la pulcritud y el decoro, un soplo de aire civilizador.

Pero ¡atención!, como dice un personaje galdosiano. No es sólo el pueblo, no, el que necesita en este respecto corregirse. El martes, desde lo alto de una carroza elegante, bien adornada, aparatosa, voces que no la broma únicamente había enronquecido, disparaban, á manera de *confetti*, esos mismos vocablos de que el pueblo abusa... ¿Se es pueblo por el hecho de vestir chaqueta? ¿Se es pueblo por el traje, ó más bien por lo que, bajo el traje y bajo la armazón de huesos y pellejo, hay en el espíritu? ¿Existe una aristocracia nativa, ó tal vez innata, una inclinación invencible á los buenos modales y á la expresión culta y noble? Quién lo duda. Yo he conocido obremos, sirvientes, labriegos, que, sin entender los formalismos, procedían y se expresaban de la manera más cortés. Eran madera de *gentlemen*. Un labriego recordaré siempre, arrendatario nuestro, que en su estilo campesino tenía hasta dejos de *dandy*. *Dandy* envuelto en tierra y con las manos endurecidas por el manejo del azadón, pero con rasgos, atisbos é instintos propios de la hidalguía castellana. Una especie

de *Crespo*, del *Alcalde de Zalamea*. En la fábrica de cigarros de mi pueblo también he conocido mujeres humildísimas, llenas de señorío, adamasadas... porque sí. Esta virtud de la naturaleza la encubre, pero no la eclipsa nunca del todo, la condición social. Es lo que se puede llamar, en psicología, el *principio de individuación*, y lo que expresa el común decir cuando afirma que «cada uno es cada uno.» En lo que yerra es en añadir «y nadie es mejor que nadie.»

\* \*

A última hora, la autoridad ha prohibido los plumeros y también las serpentinas y *confetti* en los teatros. Acertadísimo me parece lo primero; lo segundo nos priva de un pintoresco cuadro; pero es cierto que las serpentinas, arrojadas de alto y á plomo, pueden causar daño, dolor y hasta lesión grave. Cuando se arrojan poniendo cuidado en desenrollarlas, no lastiman, forman una rejilla desde el techo hasta el suelo, y cuando se tiene además la amabilidad de desgarrar esta rejilla por medio de los bastones, al alzarse el telón, se ve la escena.

Las serpentinas enteras son un serio peligro. He oído decir que estos días el golpe de una serpiente en un ojo va á dejar tuerta á una señorita. Triste recuerdo tendrá de los regocijos de un carnaval (¿quién lo diría?) más animado que los anteriores.

\* \*

En el Real la novedad ha sido *La bohemia*, de Puccini. Opera muy bonita, muy agradable, de muy fácil digestión, al alcance de todos (sin que esto sea desprenderla), se ganó desde el primer instante las simpatías de la platea y del paraíso, de hombres y mujeres, de aficionados y sordos. Los cantantes la bordaron: la pareja de *Mimi* y *Rodolfo* (la Stehle y Garbín) parece que cultiva esa operita simpática como se cultiva la especialidad fructuosa, y ya dominan su papel de un modo que no puede menos de conquistarles el aplauso. Y en cuanto al asunto — de pleno romanticismo literario — tiene, para la multitud, la ventaja de llegar tarde, de ser viejo. La multitud odia la verdadera novedad. Variadle la sazón, el guiso, acaso las especias, pero respetad los componentes; no se han hecho para la multitud las sorpresas y los cambios repentinos.

Hace sesenta ó setenta años, los bohemios escandalizaban. La novela de Murger pareció disolvente, de terribles consecuencias, enemiga del orden. ¿Cómo se entiende? ¿Deudas, trampas, *collages* (sirvámolos de esta palabra, que no suena mal), alborotos en cafés y tascas, platos hechos añicos, botellas apuradas, gabanes empuñados, tisis, poesías, disparates á diestro y siniestro? La sociedad protestaba, condenando severamente tales direcciones literarias. Ya se sabe, esta protesta no puede faltar nunca. Se protestó contra aquello, y contra lo que vino después, y se continúa protestando, si aparece algo que tenga trazas de innovación. Así que sale la última moda, los que protestaron de la anterior se reconcilian con el ya atrasado figurín. ¡Qué diablo! Bien miradas las cosas, eran pobres chicos de buen humor, no hacían daño á nadie, más que á sí mismos, y ya se demostró que, á pesar de toda la gresca, el mundo ha seguido rodando, sin rotura del muelle real ni falta de la rueda catalina... Y *La bohemia* entra en la ortodoxia; *la mère* y *conduira sa fille...*, el hombre sensato sonreirá gustoso á la *vecchia zimarra...*, y ese momento del arte será respetado y admitido, con cierta benévola indiferencia...

Esto pensaba yo mientras en la escena los héroes de Murger bebían, reían, componían versos, pintaban, amaban — y los pálidos fantasmas de 1824 á 1830, saliendo de su tumba, adquirían por un momento relieve, color, vida espectral...

EMILIA PARDO BAZÁN